

## **DOMINGO LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Hechos 1, 1-11): *Seréis bautizados con Espíritu Santo.*

**Salmo** (46, 2-3.6-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

**2ª lectura** (Efesios 1, 17-23): *Todo lo puso bajo sus pies.*

**Evangelio** (Mateo 28, 16-20): *Yo estoy con vosotros todos los días.*

La fuerza vivificadora de Dios se ha mostrado como fuerza resucitadora en su Hijo, a quien ha hecho sentar a su derecha, según esa manera alegórica de hablar que utiliza la Carta a los Efesios y que abunda diciendo que está **«por encima de todos los principados, potestades, virtudes y dominaciones y por encima de cualquier persona no solo del mundo actual, sino también del futuro»**.

Es extraordinaria esta confesión de fe, tanto en la Carta a los Efesios como en el evangelio de Mateo, porque se encuentra justo después de reconocer la ignominiosa muerte de Jesús como blasfemo y sedicioso, como un vulgar malhechor o un enemigo del Imperio, como un falso profeta y frustrado pretendiente a la realeza. Los antiguos cristianos no tuvieron empacho en reconocer la muerte vergonzosa de su Señor. Miraron la muerte de frente. Sabían de la injusticia de los que la perpetraron y de la agonía de Jesús para pasar por ese trago amargo. Pero sabían también que Dios ha levantado a su Hijo de entre los muertos y lo ha constituido Mesías y Señor, y daban testimonio de todo eso a pesar de que arriesgaban la vida al hacerlo.

A este día lo llamamos la fiesta de la Ascensión. Es la fiesta del señorío de Jesús, el vencedor de la injusticia, de la marginación, de la muerte y de toda forma de opresión. **¡Qué equivocados están los que imaginan que la existencia de Dios coarta su propia vida, la limita o la anula!** Dios es Dios dando vida; Jesucristo es el Señor porque quiere la vida y la dispensa sin límites, ni siquiera con ese límite que parece el fin de todo, la muerte. Él también ha vencido a la muerte, también es Señor de la vida vencedora; tiene todo poder en el cielo y en la tierra.

**«¡Dios asciende entre aclamaciones!»**. No se va para desentenderse del mundo, ni de las personas. La Ascensión de Jesús al cielo nos precede para mostrarnos la contemplación dichosa y para siempre de Dios, a la que estamos llamados. La Ascensión es su triunfo. Jesús ha vencido toda limitación, y a la misma muerte. Somos testigos del resucitado y su presencia lo llena todo. Creemos en Jesús resucitado, que cumple su palabra. Porque es la Palabra, la Luz, la Vida de Dios Padre, que da para la Vida del mundo.

Y nunca nos deja solos. La Ascensión es otra “prueba” de Jesús resucitado. Durante este tiempo le hemos sentido en medio de la Iglesia y de la vida, como sus primeros seguidores. En medio de ellos, acercándose, comiendo, enseñando, llamando. Porque todo lo que Jesús hace es unidad, todo llama a la plenitud. Dando instrucciones, y pruebas de su Vida. Pero eso sí, desde dentro, desde estar y hacerse Uno en medio de todos.

Yo estoy con vosotros, en medio de vosotros, como el que sirve, les dijo un día, y era verdad. La unidad, el triunfo, el amor entregado de Dios Trinidad, en quien está Jesús, no se queda en el cielo. Sus seguidores, nosotros, somos servidores de este Amor que ha de extenderse y llevarse a cada hermano, a cada situación humana. Somos servidores y testigos, porque hay que servir, sí, pero dando testimonio, siendo creíbles, siendo unidad y entrega.

Claro que, para nosotros casi es imposible... Pero no para Dios. Y Jesús, que no nos deja solos, nos lo asegura: recibiréis la fuerza del Espíritu para ser mis testigos siempre y en todo, hasta el confín de la tierra. Unidad y universalidad porque somos y estamos convocados a formar una sola familia, la de los hijos de Dios. Sin límite, sin ninguna discriminación. Con la fuerza de Dios todo es posible. Y nada de estar ociosos, ni mirando al cielo. Hay que hacer de la vida una tarea continua, continuar su proyecto de Salvación.

**¡Él es el Señor!** Él es quien tiene todo el poder, y por eso envía (nos envía) a los suyos a todos los pueblos, nos pide que enseñemos a cumplir todo lo que él ha mandado, asegurándonos que estará todos los días con nosotros hasta el fin del mundo. Bautizándolos, para sumergirlos en el misterio de su verdadera filiación originaria: todos somos hijos de Dios, de quien procede todo don de paternidad y maternidad humana. Y sumergirlos también en el misterio de la fuerza creadora y recreadora de Dios. El Espíritu Santo, que mantiene viva la memoria de Jesús, nos comunica constantemente su gracia y su verdad y nos impulsa en el camino cotidiano de nuestra vida.

Hagamos nuestro el deseo y ruego de Pablo: que Dios nos dé su Espíritu de sabiduría para conocerlo y meterlo bien dentro de la vida. A Dios se le conoce en la interioridad, no solo con ideas. Y que comprendamos también la esperanza a la que nos llama: que somos hijos, que formamos un Pueblo. Y que ya lo tenemos todo, si lo queremos acoger. Jesús ha recibido todo para regir la tierra, todo está bajo Sus pies. Y nosotros formamos parte de esa grandeza, de ese Reino, si vivimos en acogida y fidelidad a su proyecto, que siempre se hace realidad.

Pongámonos en camino. **¡Vayamos a Galilea!** Vayamos al mundo entero. Seamos testigos de Jesús Resucitado y Ascendido al cielo. Hagamos discípulos de todos los pueblos. Tenemos la fuerza que nunca falla. Y la mejor promesa: **«Yo estoy con vosotros, (nos dice Jesús), todos los días, hasta el fin del mundo»**.